

Sucedióle su hijo Ramiro III (1), no teniendo mas de cinco años (967). Su tia Elvira, princesa piadosa que se habia consagra-

nombrando con el nombre de jueces dos sugetos de los principales, Nuño Rasura y Lain Calvo, aquel para que cuidase de la administracion de justicia, y este de la guerra. Existia aun entonces, y mandaba en Oviedo el cuarto hijo de don Alfonso el Grande, llamado Ramiro; sin embargo no sucedió á su hermano en la corona de Leon como era de presumir, sino que entró á reinar el primogénito de Ordoño, Alfonso IV ó el Monge. A los cinco años y medio de su reinado, ó seis y medio segun Mariana, muerta ya la reina su esposa, determinó don Alfonso dejar el cetro á su hermano don Ramiro, y retirarse á un monasterio. Manifestóle su resolución, y hecha solemne renuncia á su favor, tomó el hábito en el monasterio de Sahagun; mas le duró poco tiempo su vocacion. Apenas habia llamado D. Ramiro sus ejércitos para emprender de nuevo la guerra contra los moros, cuando supo, hallándose en Zamora, que su inconstante hermano habia vuelto á Leon pretendiendo otra vez cogerse la corona que abdicara. Irritado contra semejante ligereza y temeridad retrocedió con todas sus fuerzas, puso sitio á Leon, la rindió en muy pocos dias, é hizo prisionero al Monge encerrándole en un calabozo. Poco despues los tres hijos de D. Fruela se le rebelaron en Asturias. Diósele aviso de esta rebelion, y se le prevenia que para que cojiese á todos los rebeldes descuidados fuese á Asturias «sin asonada de guerra ni armas.» Pero D. Ramiro (dice Ortiz) entendió la trama y fué allá con todo su ejército, y sin resistencia se le rindieron los tres hermanos Alonso Ordoño y Ramiro; condújolos á la cárcel donde tenia á su hermano el Monge y en un dia mandó sacarles los ojos á todos cuatro, y los encerró juntos en el monasterio de San Julian cerca de Leon. Quedó con esto pacificado en lo interior y afirmado su trono; y principió entonces don Ramiro sus grandes jornadas contra los sarracenos. Madrid, Osma, Simancas, Talavera, las orillas del Ebro, del Duero y del Tormes, vieron desbaratados los innumerables ejércitos de infieles que osaron oponerse á la espada siempre vencedora de Ramiro. Por todas partes triunfó de los enemigos del nombre cristiano, conquistó gran parte de sus posesiones, reedificó muchos pueblos y ciudades y fortificó todas las fronteras de su reino. —Sujeto tambien al célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez que se le habia rebelado; mas le tornó otra vez sus estados, prestando este juramento de fidelidad y vasallage. Por último, murió este valeroso príncipe con muy señaladas muestras de Religion y virtud, despues de haber elevado al trono á su hijo Ordoño, en el año 950. Levantó en su tiempo el monasterio de San Salvador en Leon para su hija doña Elvira, y los de San Andrés, de San Cristóbal, de Santa María y de San Miguel.

Ordoño III era muy prudente y diestro en las armas; pero la brevedad de su vida y reinado, dice Ortiz, no le dejó mostrar por largo tiempo estas prendas en beneficio de la corona. No obstante, sofocó las rebeliones de su hermano don Sancho y otra en la Galicia, cuyo autor y causa se ignoran; se apoderó de Lisboa, destruyó en Portugal todas las fuerzas de los sarracenos, y se hizo temer de todos sus enemigos. Hallándose en Zamora á mediados del año 957, murió

(1) Sampir. pag. 70.

do á Dios, gobernó por él y conservó prudentemente la paz con los sarracenos. Pero los grandes, que anhelaban la guerra y los azares, se fastidiaron de un gobierno que acusaban de afeminado, y reconocieron por rey á Bermudo (982), primo hermano de Ramiro (a). Para conciliarse el nuevo rey

y su cuerpo fué llevado á Leon y enterrado en la iglesia de San Salvador junto al de su padre. Dejó un hijo llamado Veremundo ó Bermudo, que reinó mas adelante. Subió entonces al trono que tanto apeteciera su hermano D. Sancho (apelidado el Gordo por la notable grosura y obesidad de su cuerpo), primero de este nombre entre los reyes de Leon. En el segundo año de su reinado se vió precisado á huir por la rebelion de Ordoño el Malo, hijo de Alonso el Monge; mas en el 961 recobró su corona auxiliado del rey de Navarra y del rey moro de Córdoba, á cuya ciudad, dicen los historiadores, fué á curarse de su obesidad por la pericia de los médicos árabes, y lo consiguió. En 966 despues de haber sujetado con sola su presencia los alborotos de Galicia promovidos por el conde D. Gonzalo, y habiendo perdonado á este rebelde, recibió de su traidora mano una manzana envenenada que le dió la muerte á los tres dias en el año 966 ó 967. Debemos añadir aquí que durante la estancia de Don Sancho en Córdoba tuvo largas noticias del martirio y reliquias del santo joven Pelayo, martirizado en aquella ciudad por los años de 925, segun ya digimos en la pág. 37. D. Sancho hizo relacion de aquel martirio y de su piadosa causa á su hermana doña Elvira y á la reina, y la grande piedad de ambas señoras indujo á D. Sancho á que enviase embajadores al nuevo rey de Córdoba Alhacen con algunos regalos, y suplicándole les concediese el cuerpo y reliquias del Santo mártir que conservaban allí los cristianos, y al mismo tiempo continuara la paz que con su padre Abderraman habia Leon tenido. Mientras los enviados bajaron á Córdoba con tan pia diligencia, uno de los cuales fué el obispo de Leon, don Velasco, mandó el rey edificar el monasterio de San Salvador para depositar el santo cuerpo del mártir Pelayo, cuyo nombre tomó luego la casa. (N. del E.)

(a) Ramiro III comenzó á reinar bajo la tutela de su madre Teresa y de su tia la religiosa Elvira, señoras de consumada madurez, piedad y prudencia. Los primeros pasos de su gobierno se emplearon en la decente colocacion del cuerpo de San Pelayo que vino de Córdoba por entonces con los tratados de paz con Alhacen. Aquella pia funcion fué muy solemne por el grande número de prelados y gentes que concurrieron. En el año primero de su reinado aportaron los normandos con un ejército poderosísimo, conducido en cien naves, á las costas de Galicia. Talaron el país, y ejecutaron todo linage de crueldades, especialmente en la comarca de Compostela. Viendo el estado miserable á que iban á quedar reducidos, se alistaron los gallegos bajo las banderas del conde Gonzalo Sanchez, y el dia 29 de marzo de 969 acometieron con tal denuevo á los normandos, que desbarataron todas sus fuerzas, degollaron la mayor parte de ellos y á su caudillo Gunderedo, y quemaron todas sus naves juntamente con los que se habian salvado de su espada. La inesperienza del joven rey de Leon, y algunos vicios que se comenzaron

la estimacion del pueblo, adjudicó á la iglesia de Santiago los bienes de un mártir que habia muerto sin dejar herederos y en el reinado precedente habian sido aplicados al fisco. Este mártir, llamado antes Sarraceno, y despues Domingo en el acto de recibir el bautismo, era de la ciudad de Simancas, que habian ganado los infieles á los reyes de Leon. Despues de haber pasado á cuchillo á la mayor parte de los habitantes, se llevaron cautivo á Domingo con los pocos compatriotas que habian quedado, los cargaron de cadenas y los tuvieron presos dos años y medio, en cuyo tiempo no cesaron de alabar á Dios aquellos cristianos confesando su fé; pero al fin los quitaron á todos la vida en castigo de su constancia.

San Rudesindo ó Rosendo, obispo de Mondoñedo (a), aunque no derramó su sangre por la fé, no dejó de confesarla con sus obras (1). Era hijo de Gutierre Mendez, de sangre Real, y de Ilduara, señora no menos ilustre por su piedad que por su nacimiento. En su epitafio se la llama confesora, esto es, religiosa, segun el estilo de aquellos tiempos, en que se daba tambien á los religiosos el nombre de confesores. La virtud y la sabiduria prematura de Rudesindo le elevaron á la dignidad de obispo á los diez y ocho años. A los veintiocho fundó el mo-

á notar en él, fueron causa de que los gallegos se alzasen y proclamasen rey á D. Veremundo ó Bermudo II, hijo de Ordoño III, segun ya dijimos. Súpolo Ramiro y con grande ejército fué contra Veremundo; hallábase este prevenido, y así se dió una batalla reñidísima que quedó indecisa, retirándose cada cual por su lado los dos contendientes. D. Bermudo fué coronado en la iglesia de Compostela el 15 de octubre de 982. Sobrevivió poco Ramiro á esta batalla que parece fué en la primavera de 988, segun Ortiz; pero otros suponen fué años antes, y que D. Ramiro murió en 982. Como quiera que sea, muerto que fué D. Ramiro quedó Bermudo II en pacifica posesion de su trono y reinó hasta 1002. (N. del E.)

(a) El autor le llama obispo de Dumio; lo mismo le llama Mariana; pero Morales le llama obispo de Mondoñedo y esto mismo se lee en las lecciones del Breviario. (N. del E.)

(1) Bolland. die 1 Mart.

nasterio de Celanova, donde fijó su residencia, y cuyos monges se cree que formaban su clero como en otros muchos paises. La iglesia del Padron, cuya Silla se trasladó despues á Santiago, no tenia, ni con mucho, un pastor tan recomendable. Sisenando, que ocupaba esta Silla, estaba enteramente entregado á las vanidades y á las diversiones del siglo, y al fin se hizo tan despreciable con sus desórdenes que se vió el rey precisado á mandar que se le prendiese, y por consentimiento del pueblo y del clero puso en su lugar á Rudesindo que era pariente suyo; es decir, que Rudesindo se encargó del cuidado de esta iglesia en defecto de su pastor, sin ser obispo titular de ella, porque en todas sus actas se titula siempre obispo de Mondoñedo, lo que no le estorbó para defender al pueblo del Padron, igualmente que al de Mondoñedo con todo el celo de un pastor y la magnanimidad de un héroe. Hallándose espuestos los fieles á los mayores peligros con motivo de la doble invasion de los normandos y de los árabes, y estando el rey ausente, juntó tropas Rudesindo, marchó contra los enemigos del nombre cristiano, arrojó del continente á los idólatras, y rechazó á los infieles obligándolos á pasar mas allá de Portugal. Habiéndose escapado de la prision el obispo Sisenando, fué á buscar de noche á Rudesindo y le amenazó con espada en mano. Pero el Santo, no menos tranquilo que si aquel furioso estuviese cargado de cadenas, le reprendió con mucha dignidad, y le hizo temblar prediciéndole que moriria muy pronto de muerte violenta. En efecto, en otra irrupcion en que los normandos hicieron horribles destrozos en las cercanias de Santiago, pereció Sisenando á manos de ellos.

San Rudesindo murió en su monasterio de Celanova (977) despues de haber renunciado el obispado, segun se dice, y tomado

el hábito monástico. Se refieren muchos milagros hechos en su sepulcro, los cuales sirvieron de edificación á toda España.

Por otra parte la Inglaterra cogia el fruto del celo y de las sábias leyes del rey Edgar. En el reinado de Eduardo, su hijo y sucesor inmediato, los clérigos que habian sido espulsos de las iglesias catedrales á causa de su vida desarreglada, se quejaron altamente, ó por mejor decir, prurrieron en amenazas sediciosas sostenidas por varios grandes. Se calmó el tumulto por la vigilancia de los obispos reunidos en Winchester para celebrar un Concilio (1); pero los clérigos relajados hicieron tales instancias al jóven rey que estaban todos en espectacion, cuando el Eterno Pastor á quien nada cuestan los prodigios para el bien de su Iglesia, pronunció por sí mismo la decision. Se refiere que un crucifijo que estaba clavado en la pared del refectorio donde se celebraba el Concilio, abrió la boca y dijo con voz clara y perceptible: *no habrá nada: no habrá nada*. El rey y los grandes llenos de espanto, empezaron á gritar fuertemente, y sostuvieron unos decretos que el cielo mismo confirmaba. Se dice que este prodigio sucedió en el año 975, en que murió en una edad sumamente avanzada San Turquetul, sobrino del rey Eduardo el viejo, y abad de Croiland.

Habia sido durante mucho tiempo canceller de Inglaterra, y se distinguió tambien por su raro valor en las batallas, sin embargo de que en cuantas se halló no mató jamás á nadie (2). Tenia ya mucha edad cuando abrazó la vida monástica; pero guardó siempre la continencia mas perfecta, y por amor á esta virtud rehusó muchas bodas ventajosas que le propuso el rey su tio. Igualmente rehusó muchos

(1) Tom. 9 Concilior. pag. 721.

(2) Act. SS. Bened. saec. V. pag. 307.

obispados de los mas considerables de Inglaterra. Luego que tomó la resolucio de hacerse monge, quiso distraerle de su designio el rey Edredo, conociendo cuán necesario le era este grande hombre. «Señor (le respondió el canceller), he consagrado mis mejores años á vuestro servicio y al de los reyes vuestros hermanos. Permitidme á lo menos que sirva á Dios en mi vejez. Ya no me hallo en disposicion de pelear, ni de ayudaros de ningun modo con mi brazo; pero si os pueden ser útiles mis consejos, no os faltarán mientras yo viva.» Le acompañaron á Croiland muchos personajes ilustres, y diez de ellos tomaron el hábito monástico con él. Los demas, temiendo que no podrian observar la regla con todo rigor, conservaron el trage de seglares, bien que se vistieron de negro y con uniformidad. Se les dió una habitacion separada, con una capilla donde rezaban el oficio del dia y el de la noche á las mismas horas que los monges; pero en cuanto á la regla, no observaban mas que la continencia y la obediencia.

El monasterio de Croiland, que en otro tiempo habia sido muy célebre, estaba casi enteramente destruido por el furor de los normandos hacia ya mas de setenta años. Dando Turquetul al rey las posesiones que tenia en número de sesenta, se reservó seis en las cercanias de Croiland y las adjudicó á este monasterio como un diezmo de sus bienes. Reedificó la fabrica y se informó exactamente del primer estado de la casa por medio de cinco religiosos muy ancianos que la habian visto en su antiguo esplendor. Estableció un método digno de servir de modelo á la direccion y gobierno mas acertado. Toda su comunidad fué dividida en tres clases. Los religiosos mozos estaban encargados del coro, del refectorio y de los demás trabajos manuales, desde su entrada en el monasterio hasta los veinticuatro años

de profesion. Los de la segunda clase, desde los veinticuatro años de profesion hasta los cuarenta, atendian principalmente á los asuntos de afuera y al cuidado de la casa. Los antiguos estaban dispensados de las obediencias exteriores y de los egercicios comunes, dejándose todo esto á su discrecion y piedad. A los ancianos que tenian cincuenta años de profesion se les daba un cuarto á cada uno en la enfermeria con un criado que les asistiese, y un religioso mozo, el cual comia con ellos, así para su propia instruccion como para consuelo de los viejos, á quienes no se hablaba jamás de ningun asunto que pudiese incomodarles. El abad Turquetul vivió hasta el año 975, en que Eduardo II subió al trono.

Este principe y su hermana Editha habian nacido del matrimonio ó concubinato del rey Edgar con la religiosa Ethelfreda (1), á quien este principe, cuyas virtudes se eclipsaron alguna vez, habia sacado violentamente de su monasterio. Despues de haberse separado de ella, se casó con Elfrida, de la cual tuvo otro hijo llamado Ethelredo. Elfrida se persuadió fácilmente de que la diferencia del origen de los dos hijos del rey hacia preferible el suyo con respecto á Eduardo, á pesar de la última disposicion del padre de ambos relativamente al trono. Pero no habiendo podido impedir que subiese á él Eduardo, resolvió precipitarle con la mayor crueldad y perfidia. Hallándose el rey en una batida cerca de la casa de campo de Elfrida, fué á visitarla con la seguridad que le inspiraba la disimulacion de la artificiosa madrastra, la cual le conoció desde lejos, y dió orden á uno de su comitiva para que le asesinasen. Ella fué la primera que salió al encuentro del rey con grande afectacion de ternura, y sin dejar que se apease del caballo, le estuvo hablan-

do algunos momentos con el objeto de dar tiempo al asesino para que le hiriese por la espalda. De este modo pereció Eduardo II en el año 978, á la edad de quince años, principe maduro ya para el cielo, y que por sus virtudes, dignas de un reinado mas largo, así como por los milagros que se hicieron en su sepulcro, mereció ser colocado en el número de los santos mártires. Se hizo tan célebre su memoria, que el martirologio británico señala para la celebracion de su fiesta tres dias diferentes, que son el de su muerte y los de sus dos traslaciones. Su hermana Editha borró como él la mancha de su nacimiento con tan singulares virtudes, que la merecieron tambien el culto público. Se cuentan por santas otras tres princesas del mismo nombre que vivieron en Inglaterra en el siglo de que tratamos. Esta tomó el velo de las vírgenes, rehusó tres abadías que la ofreció el rey su padre, y murió simple religiosa á la edad de veintitres años, el dia 16 de setiembre de 984 en que la Iglesia honra su memoria. La reina Elfrida hizo una penitencia ejemplar por su parricidio, pues no contenta con haber fundado dos monasterios de mugeres, se vistió de cilicio, durmió en el suelo y practicó otras varias austeridades por espacio de muchos años consecutivos.

La Dinamarca, que habia sido tanto tiempo execrable á la cristiandad, tuvo tambien principes dignos del titulo de santos y de mártires (1). El rey Haroldo, despues del convenio que hizo con el emperador Othon el Grande, sostuvo y aun estendió con perseverancia la Religion católica. Luego que la edad y las enfermedades le privaron de su vigor y actividad acostumbrada, su hijo Suen ó Suenon, que se habia obstinado siempre en el paganismo, se aconsejó de los grandes que habian abrazado el cristia-

(1) Bolland. die 13 Mart. B. del C., tomo V.—XVIII. —HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo III.

(1) Adam. Brem. lib. 2, cap. 18.